

Don José Sebastián Segura se había dedicado á estudiar el hebreo, y quiso desde luego hacer alarde de sus conocimientos, adoptando la siguiente medida:

A los márgenes	Presos miseros
Umbríos,	Llegamos
De los ríos	Y lloramos
De Babel,	Por Salem.

Se le figuraba que remedando el retintín con que su maestro leía los versos del Salterio Hebraico, imitaba perfectamente su ritmo y cadencia con un metro tan poco á propósito para un Salmo tan sublime. En mis diversos viajes á Tierra Santa, al oír á los Judíos leer su Biblia, con cierto sonsonete que hacen más enfático los sollozos, nunca he dejado de acordarme de la traducción de Segura. Hubo otras todavía más raras. Roa quiso hacer la suya más seria y solemne, y se me figura que no fué feliz. Juzgue el lector por la primera estrofa:

«Llorando á orillas del undoso río,
Presos en Babilonia, nos sentamos,
Y nuestras harpas en el bosque umbrío
Al acordarnos de Salem, colgamos.»

¡Ojalá no tenga yo razón!



III.

LAS Musas embellecen cuanto tocan,» ha dicho un poeta griego, y en pocos casos se verifica este aforismo con tanta exactitud como en la leyenda *Diana*. Si la despojamos de las riquísimas galas de la poesía que la cubre y la transforma, no queda sino un esqueleto prosaico y sin atractivo alguno. El argumento es trivial; se reduce á unos amoríos, ó más bien *flirtation* (como dicen los Ingleses) sin fundamento ni constancia, como son tan frecuentes en los vapores y en las fincas de campo. Uno de los *calaveras*, amigos del protagonista, los describe en los siguientes lacónicos versos (parte 3^a):

«¿Qué nos refieres de tu novia muerta?
Sabemos que después enamoraste
A nueva joven con dinero y fresca,
Que te ha dejado fresco, según dicen,
Sin dinero ni amor.»

El enredo es más cómico de lo que pudiéramos es-

perar: se reduce á un mero lance de carnaval; á una confusión de disfraces, tan común en la vida real y en las comedias. El desenlace es mucho menos trágico de lo que deseáramos. Los personajes *en sí*, resultan poco simpáticos. Pero, en cambio, ¡qué poesía tan rica, qué galanura de dicción, qué descripciones, qué arrebatos, qué sublimidad!

Desaparece bajo los atildados versos la trivialidad del argumento, los personajes se vuelven amables ó por lo menos interesantes, la heroína se convierte en verdadera divinidad, y hace que su ligereza nos parezca sensibilidad; sus pasiones, virtudes; su temeraria inmolación, martirio y sacrificio. Va á juzgar el lector.

«Como el perfume de entreabierta rosa,
Cual la primera luz de la mañana
Cuando aparece en el Oriente hermosa,
Entre la sombra aún, casta es Diana:
En el regazo maternal dichosa,
Con el amor de su familia ufana,
Pacífica resbala su existencia
Por el jardín de tierna adolescencia.

«Y es tal la brillantez de su hermosura,
De su faz el encanto soberano,
Que quien de verla alcanza la ventura
Beldad que la asemeje busca en vano:
Del cielo de Colón estrella pura,
Flor que produjo el suelo americano,
Que sólo es dado á suelo tan fecundo
Producir esa flor, gloria del mundo.»

Flores, en verdad, de exquisito aroma, son estas y las seis octavas siguientes, en que describe más todavía que la belleza plástica, la pureza del alma de la bellísima y discreta Diana. Al leerlas cualquiera las creería calcadas sobre algunas de Ariosto, si el autor (en el prólogo de la edición de 1892) no nos dijera expresamente que Bulwer Lytton y Shakespeare eran entonces sus autores favoritos y los que inspiraban sus versos.

Pero he aquí que, en la pacífica quinta de que era Diana deidad tutelar, se presenta inesperado un joven, sin posición social ni grandes esperanzas en el mundo, á quien recomienda un amigo de la familia. Diana, á pesar de su recato, y sin considerar que está ya prometida á otro personaje de gran representación, abre los oídos á las primeras palabras de amor que le dirige Carlos. Con la prontitud con que solían hacerlo las princesas de los libros de Caballería (que ridiculizó Cervantes en las aventuras de Maritornes) empiezan desde luego las citas á todas horas, las cartas de amor, las confidencias y las ternezas propias de los legendarios castillos encantados. Sobreviene el rival (Alvarez), que al verse desbancado, recurre á un ardid para vengarse de ambos, ó reconquistar la perdida prenda.

En un gran baile de máscaras que dió en su finca el padre de Diana, Carlos iba disfrazado de *Don Francisco de Quevedo*. Alvarez (á quien cierta donce-

lla se lo reveló de antemano) prepara un disfraz igual, que viste en el momento oportuno. Diana, engañada de esta suerte, lo sigue hasta apartado rincón del jardín, y da á Carlos motivo justísimo de celos. Este, sin oír disculpas ni escuchar razones, la increpa duramente, rompe la promesa de matrimonio que le ha dado y se retira de la quinta *hospite insalutato*. Los que tienen experiencia en achaques de teatro, saben cuán difíciles son estas escenas, que si no están admirablemente preparadas por el autor y hábilmente ejecutadas por los actores, degeneran en ridículas. Las dificultades se centuplican cuando se trata de una simple narración; y el escritor que consigue hacerla inteligible á sus lectores, y dar al mudo episodio vida y colorido, puede calificarse de poeta de primera fuerza. Esta calificación merece sin disputa Roa Bárcena.

De resultas de este lance carnavalesco, que nos parece demasiado cómico para un poema como el presente, Diana se vuelve loca. ¡Loca por un hombre de quien no era siquiera el primer amor, y que la olvida tan pronto por otra, así como por ella olvidó á la novia anterior! Los que, por la bellísima descripción del carácter físico y moral de la heroína, que vimos en la primera parte, hemos aprendido á admirarla y amarla, daríamos tesoros porque el autor no le quitara la razón. Pero si así fuera, nos veríamos privados de los bellísimos versos en que abunda la segunda parte, ya sea que hable de la loca, ya sea que describa el

retiro del antipático Carlos, convertido de repente en filósofo.

En la tercera parte encontramos á Diana curada de su locura, pero precipitada en otra locura mayor. ¡Es monja, y monja sin vocación! De este último aserto, son pruebas más que plenas los tres fragmentos del Album de Diana, durante su noviciado, que revela el autor, y de que copiaré uno que otro verso.

«¿De qué me sirve, insensata,
Rindiendo al orgullo ofrenda,
Solitaria consumirme
En lo interior de mi celda,
Por no decir á quien amo:
Aunque culpable aparezca
Ante tus ojos Diana
Por maquinación proterva,
De tu ardiente amor es digna

.....
«Y lo haré porque no puedo
Vivir sin su amor. Apenas
El sueño cierra mis párpados
Su voz á mi oído llega.

.....
—Si, le diré: aunque culpable
A tus ojos aparezca,
De tu ardiente amor soy digna:
Ven, el altar nos espera.»

.....
Tú y yo en esa noche víctimas
Fuimos de un odio bastardo;

Ofendíome tu sospecha,
 Tus palabras destrozaron
 Mi corazón; pero todo
 Lo olvido, porque te amo:
 Soy digna de que me llames
 Tu esposa»

No parecen estos sentimientos la preparación más á propósito para pronunciar votos irrevocables. Pero aun hay más. En los momentos en que ya todo está preparado para la solemne ceremonia de la profesión, Diana se ocupa en escribir á Carlos su última carta de despedida. ó de amor. Termina con una bellísima, pero sofisticada estancia, que no puedo menos que transcribir.

«¿Quieres cumplir mi voluntad postrera?
 Al sitio ve donde dichoso fuiste,
 Y allí consueta á mi familia triste
 Que mi ausencia no cesa de llorar:
Dile que soy feliz. Tú, mi recuerdo
 Guarda del corazón en lo profundo.
 ¡No volveré á mirarte acá en el mundo!
 Carlos, adiós. Me llaman al altar.—

«No bien cerró esta carta, y se la entrega
 Al mensajero, Diana se levanta,
 Que hacia el altar á conducirla llega
 La abadesa que al coro se adelanta.
 Ella vacila; á caminar se niega
 Por un momento trémula su planta;

Mas, viendo en la pared el Crucifijo,
Vamos, Señora, á la abadesa dijo.»

«*Dile que soy feliz*» escribe Diana. El claustro puede ser refugio para el pecador arrepentido, es mansión de delicias para la virgen á quien Dios llama; pero no puede ser feliz quien, presa de un amor insensato, se inmola por un hombre que no merece ni una mirada de compasión. ¿Y cuál es la culpa que llora? ¿Es por ventura su falta de recato al acudir al llamamiento del falso *Don Francisco de Quevedo*? No: es porque el amante favorecido en el baile no fué el *verdadero*, sino el fingido *Quevedo*. Si hubiera sido aquél nada le echaría en cara su conciencia. Si la locura de Diana nos afligió, este suicidio moral nos desespera. Se necesita la exuberante poesía y el estro soberano de Roa, para *idealizar* tan triste sacrificio.

Pero ¿existió Diana? ¿Amó el poeta á su creación ó á su modelo? Sus amigos de aquella época pronunciaban sin reparo el nombre y apellido de la heroína y Roa nos abre su corazón al empezar la tercera parte del poema.

«Otros dirán que existes, y que acaso
 Me enamora tu encanto peregrino;
 Que ante ti me prosterno, y á tu paso
 La huella beso de tu pie divino:
 Que ser no quiero en tu alabanza escaso
 Porque de gratitud aguardo en sino

Leve sonrisa de tu boca pura,
Mirada intensa de inmortal dulzura.

.....
«No, Diana: tú existes, y tu encanto
Presta valor á la leyenda mía,
Cual presta su belleza el azul manto
Del claro cielo á la *fontana fría*.
Yo tu beldad y tu ternura canto:
Tiene este libro que de noche y día,
Lejos del mundo, en acabar me empeño,
Mucho de realidad, poco de sueño.

«Pero ¿amarte, Diana?.....
«¡Ay! cuéntales, Diana, á tus lectores
Que para el pobre corazón desierto
De tu cantor, el sol de los amores
Es eclipsado sol, astro ya muerto.

.....
«Cuéntales.....
«Cómo hubo una mujer, tímida estrella
Que en cielo claro apareció tranquila
Y cual otra ninguna siendo bella,
Mi corazón atrajo y mi pupila:
Cómo á besar su luminosa huella
Ciego me arrodillé: cómo pedila
Su amor, cuyo recuerdo me consume;
Su amor, de su alma virginal perfume.

.....
«Diles, Diana, cuánto la quería;
Diles que fué la luz de mi existencia;
Diles que mi esperanza y su hermosura
Encierra una olvidada sepultura.

«¡Valor, corazón mío! ¿No has llorado

Desde el día en que todo lo perdiste?
¿Al necio mundo que reir no has dado
De tus pesares con la historia triste?
La imagen de ese fúnebre pasado
Que ante tus ojos indeleble existe,
El tiempo, ya que los recuerdos trunca
¿No logrará desvanecer? — ¡Ay! ¡Nunca!»

La leyenda que nos ocupa se escribió en 1851; y á pesar de este *nunca* tan enfático, en 1853 ya dirigía á la que más tarde fué su esposa, una poética *Declaración*. «No extrañes (le decía)

«No extrañes tú que quien contó sus años
Por la suma fatal de sinsabores,
Por más que haya escondido sus dolores
Bajo semblante plácido tal vez;
Al sentir en su pecho la semilla
De un *nuevo y delicado sentimiento*,
Lo oculte más y más con el intento
De que nadie lo llegue á conocer.

.....
«El es feliz: su grato sentimiento
¿No lo adivinas tú, querida Paz?»

Un año más tarde, en 1854, le enviaba la *Epístola Familiar* que empieza:

«¿Versos me pides, Paz? Hoy es tu día,
Tienes razón; no es justo que enmudezca.
El afecto y la sangre á ti me unen.»

En 1855, escribía para ella las ricas estancias *Cómo*

te amé. En 1856 le dedicaba la *Canción* en que leemos estos hermosos versos:

«Amor nuestras almas

Unió de tal suerte,

Que sólo con verte

Me siento feliz.»

Para ella escribía, igualmente, *La entrada de la noche*, en tres estancias, á cual más bella y más ardiente. Sirva de muestra la última:

«La hora se acerca ya en que voy á verte,
Y bendigo la noche. Sus estrellas
Más apacibles son, y son más bellas
Cuando alumbran tu faz.
Si vieres que en mi frente oscura nube
Ponen tal vez del mundo los enojos,
Disipela, amor mio, de tus ojos
El brillo angelical.»

La misma inspiraba en el propio año de 1856 la *SILVA*: *¿Por qué nace tan llena de alegría—La sonrosada aurora?* y la *FLOR DEL ALMA*. En 1857 le consagraba el hermoso soneto *El campo y el estío*, y, por último, el año de 1858 brotaba de la pluma del dichoso poeta: *EL DIA DE LA BODA*. En este epitalamio dice entusiasmado á su esposa:

«¡No más cantos de amor bajo las rejas!
¡No más suspiros vanos!
¡No más de gloria sueños y consejas
De tiempos ya lejanos!

Son recias tempestades pasajeras,

Amores juveniles,

Y mueren, no bien nacen, las primeras

Rosas de los pensiles.»

Y así murió aquel primer amor del poeta, que nunca había de revivir, según lo declaraba á Diana. Pero, si «la tumba de flores rodeada» no era un obstáculo para que á su tiempo germinasen nuevos amores, ¿por qué no amó el vate á aquella mujer para quien escribía, no un soneto de pocos renglones, no un epigrama ni una breve cancioncilla, de las que se componen por juego, sino una leyenda, un poema de *largo aliento* (como hoy se dice), bien meditado y corregido, propinado al público primero á *pequeñas dosis* en «La Cruz,” luego en la edición de 1859, y, por último, en la de 1892? En los versos citados encontramos la clave de esta anomalía, como á primera vista parece.

Si se leen con atención las poesías dedicadas á la que fué su esposa, se encontrarán frías, comparadas con las que consagra á Diana. Esto quiere decir que cuando pensó seriamente en la realidad de la vida, no quiso para compañera perpetua á una *romántica*, por bella y discreta que fuese, sino á una mujer que reinara en su hogar y en su corazón, y llegara á ser, como lo fué á su tiempo, madre modelo y educadora perfecta de sus hijos. Se me figura también que los versos que pone en la boca de Carlos, revelan las dudas y escrúpulos personales del admirador de Diana.

«Dime si debo amarla, cuando sigue
 La desgracia mis pasos tan de cerca,
 Que la joven que tanto me quería
 Duerme en silencio ya bajo la tierra.
 Dime si es dable que retoñe el árbol
 Del corazón que el desengaño seca,
 Cuando sus ilusiones y esperanzas
 Como el humo fugaz fueron deshechas.»

El árbol que retoñó tres años después, aún no estaba maduro en 1851. Quizás en este espacio de tiempo sobrevinieron acontecimientos que lo alejaron de aquella «inteligente y rara mujer, que sirvió de modelo á mi heroína (como dice en el prólogo de la última edición) y que sin hacerse monja ni hallarse en otros lances del poema, *vivió y murió infeliz por bella, noble y sensible.*» Si tales conjeturas son exactas, debemos felicitarnos los amigos del vate, porque supo dar vuelo á su admiración lo bastante para producir un poema tan bello, y tener el juicio y discreción suficientes para unir su suerte con quien lo hizo feliz.

Ya que no amó al modelo, ¿amó á su *creación*? Al repetir esta pregunta, me refiero no al poema en general, que nos consta que fué su hijo predilecto, sino al personaje, á la heroína creada por su fantasía, á Diana *idealizada*. Los que no han vivido entre artistas quizá no comprendan todo el alcance de esta distinción. Todo pintor, escultor ó poeta necesita un modelo. Pero ¿cuántos ha habido en el mundo tan afortunados

como Canova, que encontró á una Paulina Bonaparte, perfecta de pies á cabeza? El artista ordinario se ve obligado á poner ojos, manos, cabellera ajena en el cuadro, que si se copiara de la naturaleza sin cambiar un ápice, resultaría menos bello, como sucede hoy día con los *modernistas* en arte. La estatua, pintura ó descripción de esta manera hermoeadas, sin dejar de ser retratos, resultan muy superiores al modelo; y de estas figuras *idealizadas* se enamoran los artistas. Ahora bien, Diana *idealizada* por el poeta, es decir, loca por quien no la merecía, y mala religiosa (como tiene que ser quien entra al claustro sin vocación) ¿es superior á la Señorita G*** romántica, sensible, desgraciada; pero que *no se halló en estos lances* de la leyenda? A mi juicio no lo es; y dudo mucho que lo haya sido á los ojos de Roa, cuyo criterio en materias religiosas y morales, fué siempre recto, puro y justísimo, como vamos á verlo antes de terminar este estudio.

«No sé si en mi paleta habrá colores
 Con que yo retratarte, Alvarez, pueda.»

Así empieza el canto VII de la primera parte, en que describe al personaje más importante de la leyenda, después de la heroína. ¡Sí los hay! y de primera calidad, y bien mezclados. Con ellos traza los lineamentos, y las sombras, y los más insignificantes rasgos del retrato; y le da movimiento y vida, y lo con-

vierte en la figura más perfecta, y á fuerza de deformarla, más bella y más atractiva del poema. Así el pincel de Miguel Angel, la pluma de Dante y el lápiz de Gustavo Doré, nos representan á los espíritus infernales tan maravillosamente monstruosos, que pierden su fealdad, y agradan á la vista, y mientras más aborrecibles más nos enamoran y encantan. Va á juzgar el lector por los pocos rasgos que copio.

«No sé si en mi paleta habrá colores
Con que yo retratarte, Alvarez, pueda,
O si, á pesar de artísticos sudores,
A mi aliento una empresa tal exceda.
Veo que tus acentos tronadores
Oye con atención ilustre rueda,
En la que hablar osara otro ninguno;
Tu profesión conozco: eres tribuno.

Tú marchas del progreso por la senda,
Y quieres á los pueblos oprimidos
Quitar la espesa vergonzosa venda
Que tejieran tiranos foragidos.....

«Tachas al propietario de egoísta
Porque al pobre sus tierras no reparte;
Es hombre nulo para ti el artista
Y máquina venal quien sigue á Marte;
Mas ¿qué rumor metálico la vista
Te hace volver solícito á otra parte,
De la ley en el noble santuario?
¡Silencio! el mes acaba ¡es su honorario!

«.....Dime cómo
Hirió el amor tu corazón de acero.
..... Yo quiero
Me digas si á Diana haces la ronda
O á sus ricos diamantes de Golconda.»

Este funesto personaje es quien usurpa el disfraz de su rival, para comprometer el honor de Diana, quien propina á Carlos un veneno, ó narcótico, en la copa con que brinda á su salud y á sus amores; el que causa todas las desgracias de la hermosa mujer cuya mano en balde pretende, y sigue medrando con sus ilícitos manejos, mientras mira impávido la ruina de sus víctimas.

¿Cómo es que Roa, con tan pocos rasgos lo pintó tan á lo vivo, y lo hizo tan terríficamente interesante? Porque lo pintó *con amore* (como dicen los artistas). Profundamente religioso desde su juventud, y persuadido que sólo al abrigo de la Iglesia puede salvarse la sociedad, combatió con su pluma, desde un principio, á cuantos atacaban á la una ó á la otra. No se contentó con las polémicas periodísticas. En todos sus escritos procuró hacer amables á sus correligionarios, odiosos á sus adversarios; y no dejaba pasar la ocasión de disparar una saeta á los últimos. He aquí por qué delineó tan admirablemente el carácter y la historia del demagogo.

Sólo la parte final no me gusta, y por eso he dicho que el desenlace es menos trágico de lo que teníamos

derecho á esperar. Huyendo del furor del hermano y del favorecido pretendiente de la infeliz Diana, cae en el Atoyac, y perece ahogado en las ondas del río, hinchado por la tempestad. Mejor hubiera sido que muriera Alvarez (quien había ascendido á Ministro) ajusticiado por su propio partido, ó víctima de la plebe en una asonada popular. Pero los buenos cristianos no saben matar ni aun en romances. Ahí está como ejemplo, que disculpa á Roa, el insigne novelista Padre Coloma. ¿Hay muerte menos *satisfactoria* á los ojos del público que la del hijo de *Currita* en «*Pequeñeces*,» ó la de *Boy* en la novela de este nombre?



IV

DIEZ años más tarde (1861) escribió Roa «*La Cuesta del Muerto*.» Es una preciosa leyenda, en muchos puntos parecida á *Diana*; en otros, diametralmente diferente. Su base es una tradición ya formada, y se funda en un hecho verídico. La época se remonta al siglo diez y ocho; y aunque la narración de los sucesos, se haga á mediados del décimonono, el autor no puede ser tan *subjetivo* como en el poema anterior. El actual se reduce también, como aquél, á *amorios de casa de campo*. Pero su relativa antigüedad y la categoría de los personajes, le da un interés que no puede tener un drama contemporáneo; y los amores son en sí trágicos, terroríficos, sin que el poeta tenga que hacer esfuerzo alguno para darles importancia ó color.

Así es que, aunque los versos sean igualmente vigorosos en una y otra leyenda, las descripciones igualmente poéticas, los episodios trazados con la misma

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1025 MONTERREY, N.M.

32344

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1025 MONTERREY, N.M.